

de civilización y mejora¹ comenzando en su tiempo los chichimecas á salir del estado semisalvaje en que habían vivido, sin poseer más rasgos de civilización que formar una nación sujeta á un gobierno y reconocer la distinción de clases. Sin embargo, tanto los alcohuas como las familias mexicanas, creemos que plantearían por su parte desde luego mejores establecimientos que los de los rústicos chichimecas, pues eran gentes más civilizadas. Tenayuca, la corte de Xolotl, había sido elegida por ser abundante en grutas y cavernas donde hacían su morada. Ellas fueron sus habitaciones, y los que no podían procurárselas, formaban pobres chozas de ramas. El cultivo de la tierra les era desconocido; la caza les suministraba á la vez alimento y traje; asaban la carne en el fuego, y curtiendo las pieles de los animales, las arreglaban para vestirse, llevando interiormente el pelo en la estación fría, y al exterior en el verano. Las coronas de sus reyes fueron un tejido de yerbas silvestres, adornadas con plumas, piedras y oro; sus diversiones, luchas de fieras, el salto, la carrera y los ejercicios militares. Aun sus ritos religiosos indican la sencillez de los pueblos primitivos. La adoración de los astros, primer culto en que se extraviaron los hombres, era el que ellos seguían: llamaban al sol su padre y á la tierra su madre. Sacrificaban en honor del primero las primicias de la caza y le ofrecían yerbas y flores. No podían tener sino una sola mujer, que no fuera su parienta, ni aun en grado lejano; costumbre que, como todas las que observaban, trocaron después por las de los pueblos que los ilustraron. Empero su genio guerrero y el derecho de conquista con que se establecieron en Anáhuac, afirmó entre sus manos el cetro que sólo tuvieron que partir ante los belicosos mexicanos.

La unión con los ilustrados toltecas y una sucesión de buenos príncipes, dió presto mejor cultura á los chichimecas. Hemos visto que Xolotl dió el primer paso arreglando la forma de gobierno. Las leyes de Nopaltzin ensancharon luego su reducido código: sencillas cual aquella sociedad, y severas en extremo cual las de los pueblos que tienen que sustituir la fuerza á la moral, atendían ya á la defensa de la propiedad. Tenía pena de muerte el que destruía los lími-

¹ Ixtlilxochitl, hist. Chich, cap. 9, llama á este rey Huetzin; pero es más conocido por el otro nombre entre los demás historiadores.

tes de las propiedades. Nadie podía apoderarse del animal herido por otro, aunque quedase abandonado. Perdía su arco y sus flechas el que salía á cazar sin superior permiso, ó el que tocaba la caza cogida en lazos ajenos. Los adúlteros de ambos sexos morían asaeteados.

Tloltzin ordenó que se cultivasen todas las tierras; y el maíz, el algodón y otras semillas volvieron desde entonces á rendir sus preciosos frutos. La agricultura que proporciona al hombre lo necesario para la vida, arraiga á los pueblos en los lugares donde recogen su tesoros y los obliga á inventar muchas artes para su auxilio. Los reyes y los señores chichimecas habían usado ya sobre sus pieles, telas de hilo de maguey que fueron conocidas por los toltecas; pero el algodón pudo desde entonces sustituir aquel tosco traje. A tales mejoras, sin embargo, no quisieron sujetarse algunos chichimecos que prefirieron la libertad de la barbarie al yugo de la civilización. Muchos se retiraron á vivir á las montañas de Meztitlan, Totopan y otros lugares, y con ellos seguramente fueron los othomíes, que confundidos después, fueron los últimos que los españoles tuvieron que conquistar, presentando el contraste que se notaba en Anáhuac de pueblos bárbaros al lado de otros de adelantada civilización.

Cuando Tloltzin murió, le sucedió su hijo Quinantzin, que acabó de sacar á su nación del estado rústico, fundando la famosa ciudad de Texcoco á donde trasladó su corte, haciendo que la nueva capital y otras ciudades se construyesen al estilo tolteca. Volvieron de nuevo aquellos adelantos, como en tiempo de su antecesor, á disgustar á algunos de sus vasallos, que lo demostraron entonces rebelándose contra su señor; pero el activo monarca aprestó prontamente su ejército y derrotó á sus contrarios.¹

En tiempo de este rey vinieron al valle de México de la provincia de la Mizteca dos tribus llamadas Tlailotlaques y Chimalpanecas, descendientes de los Toltecas que se conservaron en Anáhuac, otra circunstancia que favoreció el adelanto de los chichimecas. Muy hábiles en las artes, especialmente en la escritura jeroglífica, fueron bien acogidos por el rey, que escogió á los más distinguidos y los es-

¹ Ixtlil, hist. Chich, cap. 11.—Torquemada concuerda en las guerras habidas en tiempo de este rey, más les da otras causas.

tableció en la ciudad de Tezcoco, enviando el resto á otras ciudades para que extendiesen sus conocimientos.

Por aquel tiempo fué cuando los mexicanos, después de una serie de aventuras, fundaron la ciudad de México (1325), sujetos al señor de Atzacozalco, á cuyo territorio pertenecía.

A la muerte de Quinantzin sucedió en el trono su hijo Techotlalla, que aunque el menor de los que tenía, fué designado entre todos por sus virtudes. Su posterior conducta no desmintió la esperanza de la elección y fué uno de los mejores reyes del imperio Chichimeco. Memorable por muchos estilos su reinado, él hizo, como tuvimos que anticipar en otro lugar con todas sus circunstancias, que el idioma de los toltecas se extendiera entre sus súbditos; apreciador de los conocimientos que poseían promovió más que su antecesor su enseñanza entre sus vasallos, y favoreció tanto á aquella nación, que aun les permitió levantar templos y que hicieran sacrificios públicos, comenzando desde entonces sus ritos y ceremonias religiosas á dominar en el reino.

El hecho de armas más memorable de su reinado, fué contra Tzompan, señor de Xaltocan, que se rebeló contra el monarca y fué vencido. Llamando para el combate á todos sus vasallos, ocurrió el señor de Atzacozalco con sus feudatarios los mexicanos que se hicieron notables por vez primera peleando valerosamente.¹

El hábil chichimeco, después de esta campaña, creyó conveniente dividir á sus vasallos para mandarlos fácilmente; máxima que siguió con buenos resultados. Creó, pues, mayor número de feudos que los que entonces existían, confirmando en los suyos á los antiguos señores que desde Xolotl los poseían, mas con la prudente astucia de sacar gente de cada provincia y trasladarla á otra extraña, dependiendo, no obstante, de su antiguo señor, lo que hacía muy difícil la connivencia de muchos contra el trono. Aun para mayor seguridad hizo que cuatro señores de los más poderosos, asistieran de continuo á su corte. Esta tuvo des-

¹ Torquemada, lib. 2. cap. 7.—Ixtlilxochitl suprime éste y otros pasajes que no sirven para elevar la memoria de sus antecesores los reyes de Tezcoco. Este rasgo de la miseria humana hace que sus obras hayan sufrido serias reprimendas de algunos críticos; pero es fácil, cuando se tienen á la vista otros autores imparciales ó de la raza mexicana, formar un juicio acertado sobre sus diferencias.

de entonces cierto ceremonial y brillo desconocido por sus antecesores, é instituyó varios cargos eminentes para el servicio particular de su palacio y el de la nación, entre ellos el de un capitán general de los ejércitos y un inspector de policía.

Empero este rey no podía con su penetración dejar de conocer que, no obstante sus sabias medidas, tenía entre sus tributarios uno de su propia familia, que por su carácter ambicioso y astuto podía ser funesto á sus sucesores. Tal temía de Tezozomoc, señor entonces de Atzacozalco, hombre ambicioso y suspicaz; y así antes de morir dió sobre el particular sabios consejos á su hijo y sucesor Ixtlilxochitl.

Pronto se realizaron aquellos presentimientos. Muerto Techotlalla, ocupó el trono Ixtlilxochitl (1406), jurándole obediencia, como de costumbre, los señores feudatarios del imperio. Sin embargo, Tezozomoc no quiso prestar el juramento, y asoció á su dictamen al rey de México y de Tlaltelolco, antes tributarios de Atzacozalco; pero casi libres hacía tiempo, por haberse enlazado el segundo rey de México con una hija de su antiguo señor, y haber sido el primer rey de Tlaltelolco su propio hijo.

Alegaba Tezozomoc, para hacer legales sus ambiciosos pensamientos, que él como descendiente por línea materna de Xolotl, debía de preferencia ocupar el trono, cuando Ixtlilxochitl era un joven de poca experiencia para regir tan vasto imperio; y para animar á los reyes les hacía ver que contaba con la ayuda de sus poderosos amigos y parientes. En efecto era así; pero Ixtlilxochitl tenía también á su favor muchos fieles vasallos; la justicia acompañaba su demanda, y su ánimo varonil y el fuego de la juventud activaban y hacían temibles sus acciones. Tenía sin embargo su rival, la circunstancia más terrible de un enemigo: los medios no le embarazaban, y si en un franco combate no podía conseguir sus fines, le quedaban los resortes de la iniquidad y de la perfidia. La balanza debía, pues, inclinarse á su favor, tarde ó temprano, y bajo tales auspicios comenzó la terrible lucha.

Habiendo cundido la chispa revolucionaria, armó Ixtlilxochitl su ejército y tres años seguidos sufrió el imperio todos los horrores de la guerra civil, quedando al fin la ven-

taja por el joven monarca. Aunque no pudo aniquilar completamente á los revoltosos, que se multiplicaban mucho, los redujo á tal extremo, que sitiado Tezozomoc en su capital, tuvo que abatir su orgullo pidiendo la paz. La espada del valiente no había podido, pues, abrir el camino á sus deseos; pero le quedaba el puñal de los traidores, invencible porque es oculto.

Apenas el generoso Ixtlilxochitl le concedió la paz que pedía, fingió Tezozomoc una fiesta en celebridad de su concordia, reuniendo sus soldados con el pretexto de los juegos y diversiones que preparaba. Su plan era asesinar allí mismo al descuidado monarca, y apoderarse en seguida de la ciudad de Tezococo. No pudo, sin embargo, consumar su intento, porque el rey tuvo oportuno aviso y evitó el convite; pero le fué imposible reunir sus tropas, que fatigadas de la lucha anterior, había licenciado para su descanso. No pudo, pues, hacer otra cosa que fortificarse malamente en su ciudad, donde atacado muy en breve, solo alcanzó á defenderse unos cuantos días. Acosado por la superioridad del número y abandonado por muchos de sus servidores, tuvo al fin, como único medio de salvación, que apelar á la fuga, refugiándose en los montes vecinos á Tezococo, acompañado de los señores de Huexutla, Coatlichán y Coatepec, únicos que le quedaron fieles en su desgracia.

Después de varios incidentes, que refiere la historia, y de mil penas que fugitivo sufrió este desgraciado monarca, cayó en manos de sus enemigos y fué cruelmente asesinado (1413), siendo testigo oculto del crimen su hijo primogénito Netzahualcoyotl, niño todavía y tan célebre después.

Podía ya, por lo tanto, quedar tranquilo Tezozomoc, si es que el criminal puede estarlo; pero al menos tenía seguridad de poseer el imperio. Reunió al efecto á los nobles y á todos los habitantes del reino, y se hizo reconocer por rey y señor. El príncipe Netzahualcoyotl, y algunos de los pocos amigos que lo seguían, asistieron ocultos á la proclamación, devorados de rabia y despecho; mas contenidos entonces por la necesidad, esperaron mejor hora para la venganza.

El usurpador distribuyó recompensas entre sus cómplices, confirmando á unos en el mando de sus provincias, y señalando á otros algunas nuevas. Al rey de México, que

era entonces Chimalpopoca, le tocó en feudo la ciudad de Tezococo, y al de Tlaltelolco, Huexutla, reservando Tezozomoc para su mando inmediato al territorio de Coatlichán, que, como sabemos, era el de los alcohuas, cuyo señor fué uno de los pocos que en aquella revolución se conservaron fieles á su legítimo rey. Asoció á su gobierno dos gobernadores generales que cuidaban cada uno, como á manera de virreyes, una parte del imperio, cuya capital fué entonces Atzacapozalco.

Empero los habitantes de Anáhuac, experimentaron entonces, por vez primera, los efectos de la tiranía, tan comunes en los antiguos pueblos del viejo mundo, citándose en tiempo de Tezozomoc algunos rasgos dignos de los anales persas ó sicilianos.¹ Toda clase de iniquidades fueron, como sucede comúnmente, la consecuencia de su injusticia, agobiando principalmente á los pueblos con excesivos tributos, contra los que en vano representaban.

El joven Netzahualcoyotl debía ser necesariamente el blanco principal de su persecución, como único rival que debía temer. Ordenó, pues, que se lo trajesen muerto ó vivo, prometiendo grandes recompensas, y el desgraciado príncipe recorrió disfrazado todo el país, sujeto á los trabajos y aventuras que su situación acarrea. Refugióse, por fin, en la provincia de Tlaxcala, cuyos señores eran parientes suyos, y lo recibieron benignamente. No dejando de pensar en los medios que le pudieran convenir para restaurar su perdido imperio, les comunicó sus designios, y éstos le indicaron la manera con que debía conducirse para lograrlos.

Una feliz circunstancia, que parecía imposible de acontecer, le dió por fin alguna tranquilidad para mover más acertadamente los resortes con que podía contar. Varias damas mexicanas, sus próximas parientes, pidieron su vida al tirano, y sea por compromiso ó porque no creyó ya necesarias nuevas maldades para asegurar su trono, accedió á aquella súplica y aun le permitió que fuese á vivir á Tezococo. Sin embargo, su triste suerte no había llegado á su tér-

¹ Ixtlilxochitl refiere que la primera medida que tomó el tirano con los vasallos fieles de Ixtlilxochitl, fué hacer preguntar á los niños de sus familias, que podían hablar, á quién reconocían como soberano legítimo, y los que respondían Ixtlilxochitl ó Netzahualcoyotl, eran muertos con sus padres.

mino, y las anteriores desdichas fueron sólo un bosquejo de las que habían de aquejarle después. La mala conciencia, que sólo procura inquietud y recelos, trajo un sueño á Tezozomoc en que veía al príncipe, bajo formas extrañas, destruir su casa y su familia. Espantado hasta lo sumo, llamó á sus tres hijos, Toyatzin, Maxtla y Tlotocatlitzpazin, y aconsejóles, que para conservar el imperio diesen muerte al príncipe tan luego como él expirase, que debía ser pronto, pues conocía que sus fuerzas se debilitaban notablemente. Murió en efecto á poco tiempo (1422) en la decrepitud; pero sus hijos no creyeron conveniente poner en obra, desde luego, el perverso consejo, difiriéndolo para más adelante.

Tezozomoc, al morir, designó para que le sucediese, á su hijo Toyatzin, sin contar con que tenía otro, Maxtla, que era por cierto vástago más digno del péfido viejo por su idéntico carácter. Mayor que Toyatzin, devorado de ambición y en extremo osado, contaba como antiguo señor que era de Coyoacán, con muchos partidarios. Pensó, pues, desde luego, apoderarse del trono, y al momento lo consiguió, no siendo Toyatzin, hombre benigno y poco ambicioso, rival competente para él. Retiróse, pues, sin resistencia, á vivir á México, habitando en el Palacio de Chimalpopoca, cuando un día conversando con éste, observóle el de México cómo era posible que sufriese sin resistencia la usurpación de su hermano, cuando él era el legítimo heredero. Contestó Toyatzin, desde luego, exponiendo las ventajas que asistían á Maxtla y que él no podía superar; pero Chimalpopoca, en quien la virtud no podía ser el rasgo dominante, le aconsejó que hiciese contruir un palacio en la corte, y que convidando á su hermano, como era costumbre, para la festividad del estreno, le diese muerte en el acto. No, respondió Toyatzin, antes mostró sentimiento al oír tal proposición, luchando probablemente entre sus intereses y su bondad natural; pero aquella fatal conversación fué bastante para la ruina de ambos. Un paje de Toyatzin había oído en paraje escusado aquellas palabras, y en primera oportunidad lo puso en conocimiento de Maxtla; y éste, cuya característica no era por cierto la generosidad, aprovechó para sí la idea. Hizo, pues, edificar violentamente un palacio, y en medio de la fiesta de su inauguración dió muerte á Toyatzin. También Chimalpopoca había sido invitado para la fiesta; pero

más cauto, temió el lazo y se excusó de concurrir. Fuerza será que contemos aquí el fin de este rey desgraciado y los subsecuentes sucesos acaecidos en México; pues por su inmenso influjo se ligan con la historia de Tezcoco.

Mirando Chimalpopoca, con el ejemplo de Toyatzin, la tempestad que iba á estallar sobre su cabeza, pronto se descargó en efecto. Las más atroces injurias que el encono y la venganza pueden sufrir infirió Maxtla al de México, hasta que aprehendiéndolo lo hizo encerrar en lugar seguro en medio de su propia ciudad. Algún tiempo estuvo allí el desgraciado rey, y previendo la afrentosa muerte que como fin de sus males aguardaba, se ahorcó él mismo en la cárcel.¹

Comprometida era, pues, la posición de los mexicanos si no oponían desde luego á su enemigo un carácter digno de contrarrestarle. Por fortuna correspondió el resultado de la elección á las necesidades de la patria, recayendo en Itzcoatl, hermano por parte de padre de Chimalpopoca. El recién electo era ya hombre de edad madura, justo, sabio y valiente, y hasta entonces había ocupado con honor el puesto de capitán general de las tropas del reino. Decidido Maxtla á destruir á los mexicanos, tuvieron éstos que aprestarse para la lid, de éxito muy dudoso. Contaban, es verdad, con el valor de la desesperación; pero los enemigos mil veces superiores, se podían renovar á cada momento hasta aniquilarlos. Empero había sonado ya la hora para el castigo del crimen, y mientras los mexicanos empuñaban la espada, el príncipe Netzahualcoyotl concurría á completar el terrible golpe.

En efecto, durante los acontecimientos referidos, Maxtla se había decidido á acabar á toda costa con él para sentarse sin temor alguno en el trono. Era aun más terrible que su padre para el joven príncipe, pues á su astucia péfida y á su tenacidad, reunía el vigor de la juventud. Sin embargo, sus crímenes y su carácter lo habían hecho aborrecible. Netzahualcoyotl por el contrario; interesante en su desgracia, se había insinuado en el corazón de los súbditos de su padre, y logrando lo que los príncipes sabios se han sabido procurar á la vez, el respeto y el amor, tenía sólidas bases para recuperar sus derechos. Mil veces,

¹ Ixtlilxochitl cuenta de otro modo la muerte de este rey: pero preferimos en esta parte lo que dice Torquemada, por las razones que da.

pues, estuvo el príncipe á pique de perecer, perseguido por el tirano; pero otras tantas se escapó auxiliado por sus partidarios, que más de una vez pagaron con la vida su heroica defensa.

Por fin, después de largas y expuestas correrías, pudo contar á su favor con algunas provincias del reino; las repúblicas de Tlaxcala, Huejotzingo y Cholula; y aun después los Chalcas que se le reunieron. Luego que hubo juntado sus aliados dividió su ejército en tres partes. Los soldados de Tlaxcala y Huejotzingo debían atacar á la ciudad de Acolman y los Chalcas á Coatlichán, en cuyos puntos era donde los enemigos habían reunido sus principales fuerzas, reservando el príncipe para su directo mando el resto de las tropas, para atender á donde fuese más necesario y penetrar en Tezcoco.

Con la velocidad del rayo se puso en obra el plan, y atacados con furia los tepanecas fueron puestos en completa derrota, después de una horrible carnicería en que perecieron casi todos. Las casas y los templos que poseían en Acolman y Coatlichán fueron saqueados y quemados. Netzahualcoyotl que había sostenido el ataque, marchó en seguida sobre Tezcoco, tomó la ciudad, y arrasó las casas de sus enemigos. En seguida se apoderó de Huexutla y después volvió á su capital para fortificarla. Apenas podía creer Maxtla lo que veía, y cual poseído de un vértigo yacía en el espanto.

A la sazón los mexicanos oprimidos por sus tropas estaban en el mayor aprieto; pero las noticias de las ventajas que Netzahualcoyotl había conseguido, reanimaron su espíritu. Itzcoatl que había estado pendiente de los movimientos del príncipe, temió su saña por la anterior alianza de su nación con Tezozomoc: le envió, pues, desde luego un embajador ofreciéndole su alianza y pidiéndole ayuda. Aun repitió segunda embajada después de las victorias del príncipe, escogiendo al intento á Moctezuma Ilhuicamina su sobrino, muy querido por Netzahualcoyotl, y á quien recibiendo benignamente, prometió sus auxilios y amistad. Pronto en efecto pudo reunir su ejército con el de los mexicanos, que poderoso entonces, podía esperar tranquilo las nuevas fuerzas que había reunido Maxtla.

El capitán general del ejército mexicano era el valiente Moctezuma Ilhuicamina, concurriendo con él Ixcoatl y Netzahualcoyotl. Bajo el mando de tales jefes empezó con buenos presagios el combate; pero fué tal la ardiente arremetida de los tepanecas, que el ejército de los aliados retrocedió vacilante. Comenzaban ya á murmurar los soldados contra sus jefes cuando el valor de Moctezuma decidió la suerte de la victoria. Encuéntrase en medio del campo con Mazatl, general del ejército tepaneca, reconócense ambos jefes, y al embestirse furiosos, un sólo golpe de Moctezuma cerró para siempre los ojos de su contrario. A la vista del hecho el grito de la victoria cunde entre los cuitados aliados, su espíritu abatido toma nuevo brío, y arremeten tan decididamente á los tepaneques, que desbaratando sus huestes los hacen tomar la retirada, deteniendo, por desgracia, la llegada de la noche su completa ruina.¹

No era Maxtla, sin embargo, un rival que por este descalabro había de abandonar la presa que se le escapaba de entre las manos. Reunió activamente sus soldados, y exhortándolos con palabras y promesas, volvió al amanecer á la batalla. Medio día duró sin conocerse notable ventaja por ninguna de las dos partes; pero al fin, haciendo un vigoroso esfuerzo los aliados, desbarataron los cuerpos enemigos, sus cadáveres cubrieron el campo de batalla, y retirándose precipitadamente entran tras ellos los mexicanos hasta la ciudad de Atzacapozalco. El fuego y el saqueo marcaron en ella por muchos años la señal de los vencedores (1425), y Maxtla, despavorido y sin esperanza, se escondió en unos baños donde pagó con una muerte violenta los crímenes que pesaban sobre su cabeza.²

Tal fué el fin de este usurpador y tal el de la célebre ciudad de Atzacapozalco, que desde entonces quedó en poder de los mexicanos y destinada para mercado de esclavos en señal de ignominia.

¹ Torquemada, lib. 2, cap. 35.—Ixtlilxochitl suprime los hechos gloriosos de Moctezuma y la parte activa de los mexicanos en esta guerra, por la misma razón que ya hemos observado en otro lugar.—El padre Durán y su copiante Acosta han atribuido las hazañas de Moctezuma y aun muchos más á un personaje llamado Tlacaellel refutado por Torquemada como apócrifo.

² Fué muerto á palos según Torquemada lib. 2., cap. 36.—Ixtlil. hist. Chich. cap. 31, dice que fué sacrificado á los dioses; pero la opinión del primero está confirmada por una pintura antigua que poseía Mr. Waldek citada por el editor de Ixtlilxochitl.